



**ESTRECHAMENTE**

**VIGILADOS POR**

**LA LOCURA**

**Héctor Anabitarte**

**DE  
PARADO**

# **ESTRECHAMENTE VIGILADOS POR LA LOCURA**

Héctor Anabitarte

*PRÓLOGO DE ALEJANDRO MODARELLI*

**DE  
P  
A  
R  
A  
D  
O**

# Índice

Cubierta

Portada

Prólogo

Estrechamente vigilados por la locura

Epígrafe

Sobre el autor

Créditos

# Prólogo

Lo primero que me desvela es el nombre del libro. Imposible no desempolvar, a primera vista, alguna referencia a Michel Foucault que pudiese haberlo inspirado. Pero Héctor Anabitarte leía, sobre todo, a Baudrillard: “del amor tuberculoso hemos pasado al amor gelatinoso”, anotó en alguna página, no sé si influido por el pensador del ocaso de Occidente. Héctor no proviene de las universidades, sino ante todo de antiguas lides en el sindicato de Correos; de la militancia revolucionaria de los años setenta en el Partido Comunista, que lo dejó de a pie, por maricón. Aunque la hora del calabozo le llegó, de la misma manera que a un camarada sin hábitos Sodoma incorporados. Se salvó de la tortura en una comisaría porque uno de la pesada le vio cierto aura que lo sedujo (¿la rara profundidad de lo ojos celestes?) y mientras sobrevoló un ángel de la guarda, seguramente marica, dijo a otro buche: “A este dejalo porque es de los que no hablan”.

Su homosexualidad la vivió con audacia y hasta con un revólver que jamás gatilló. La vivió como se le dio la gana, cuando a pocos se les daba la gana. Pero, dice, “el sentimiento exige un lenguaje (y una política)”. Esa certeza lo aleja del gay narciso ensimismado y solipsista de hoy, que da todo por ganado. Con la convicción de transformar las condiciones de existencia de una comunidad sufriente, la de entonces, funda Nuestro Mundo en 1967 y lo suma más tarde al célebre Frente de Liberación Homosexual

(FLH), disuelto en 1975 a causa de las amenazas de la Triple A.

Sufrientes fuimos las locas, sí, aunque siempre supimos sacar dicha de la desdicha. Sabemos movernos como gatas en la noche e infiltrar a Eros en el orden de la muerte: compañeros loquesas de entonces (como le gusta nombrar a María Moreno a las maricas fuertes), geniales, teatrales, de remate, raras criaturas de los años setenta. Caídas en calabozos, mal de amores, conciencia política, miedo y exilios. Ese es el krill que alimenta la escritura de Anabitarte.

Perdida en el texto original, apenas como un tropo literario de paso, la frase “vigilada estrechamente por la locura” refiere a una mujer llamada Vera, pero fue consagrada como título por el primer editor, en 1982, encantado porque quizá entonaba con esa época de revisión de los regímenes de poder, de crítica al viejo humanismo y combate contra la opresión del Estado y la sociedad de control. Hoy, en cambio, las instituciones de encierro y vigilancia, justamente denostadas por Foucault, apenas si subsisten como farsa (la serie *El Marginal* la lleva al extremo), y mendigan socorro de algún millonario o capo mafia sucedáneo de lo público, en perenne ocaso presupuestario.

Por otra parte, justo cuando la tierra se ha vuelto plana, las vacunas son vehículos de chips intracerebrales y las subjetividades delirantes de la interfaz consiguen incluso tomar el Capitolio siguiendo al flautista de Trump (así como los psicóticos ven ovnis en su balcón) hasta la vieja locura de las loquesas previas al boom gay, como “la Pepa, Viuda de Peñaloza”, caduca de tan inofensiva, a la manera de un animal silvestre disecado por la taxidermia del tiempo. En el Occidente actual, la vigilancia tiene desde hace décadas objetivos de caza más destacados que las identidades particulares como la que una pregona: la presa es la entera

especie, convertida cada vez más en zombi, reformateada por y para el mundo-mercado totalitario.

Héctor pasa de Foucault (y supongo, por tanto, de la fascinación foucaultiana del primer editor) cuando indaga sobre el poder, el amor y la locura. Porque a él le alcanza con pensar y pensarse mediante las imágenes fractales de su ya larga vida que, de tan intensa, de tan planetaria, tan urgente, debe narrar en un bar urgente, sobre cualquier papel, como si a cada momento estuviese al alcance de un disparo. Fragmentos dispuestos en orden numérico, pero azarosos y acrónicos. No hay relatos ni reflexiones secuenciales, sino collage. Por eso, *Estrechamente vigilados por la locura* se recorre como mapa de un subterráneo trazado por Escher. No busques terminales ni dobles vías regulares. Hay quien creyó ver un mecanismo de aguafuerte arltiano; yo pensé en ocasiones en las apostillas de *Fuegos*, de Marguerite Yourcenar: un librito originado en la experiencia del amor pasión y el abandono. Sobre todo al prestar atención al epígrafe que eligió Héctor, tomado de Joseph Roux: “Quien ama menos, no ama más”. Es decir, el que comienza a amar menos es porque ya no ama más. De ese hombre amado como primer amor, al que evoca a cada rato, se derrama esta queja que se me hace hoy mismo insoportable, porque me conduce a una intimidad romántica y mortífera que, como amigo desde el año 2000, hubiese querido poder aliviar: “Necesito morir. Necesito que me mates (...) Mátame, entierra sin vacilar la espada en mi nuca (...) y así, quizá, te conviertas en un dulce recuerdo. (...) La duda, la esperanza, son una cruel agonía. (...) Escúpeme, quiero ver otros rostros”.

“Cuando escribo me comprendo, me tranquilizo. Es algo que se abre y deja pasar un tibio rayo de luz”, pone. Pero no, este libro no es ensayo, ni aforismos, ni el conócete a ti mismo atribuido a Sócrates, sino deriva de sí; juega en el filo del desastre pero sin caerse nunca, no responde a un

programa estricto de autobiografía. Es fascinante e inclasificable.

Cada unidad de escritura es una estación en la que hay que bajarse y chocar con algún personaje de otros tiempos, experiencias singulares originadas en una comunidad de pertenencia (de líder de la Federación Juvenil Comunista a cofundador del Frente de Liberación Homosexual). Se inscriben, desde ya, en la Gran Historia Común de las locas con certeza de la opresión y pasión de siglas, panfletos y consignas, de las que se burlaba la Triple A en *El Caudillo*. ¿Acaso no hay señales, contraseñas y apuro en estos textos en miniatura de Héctor, como la del militante que teme ser atrapado y cierra enseguida la libreta donde anota lo que se le cruza por la cabeza (“si se impone el deseo perverso todos los arsenales apocalípticos caducarán”) encriptando nombres, autores, situaciones y lugares, por si las moscas? “El tiempo se traspapela”, escribe.

Nos atormenta de pronto una poesía breve escrita por una mujer que fue su alma complementaria y murió en Recanati, Italia, con alzhéimer. Se llamaba Adelaida Gigli, todo un personaje, mil almas en una, estrella carmesí de Buenos Aires en los setenta. Miembro del Grupo Contorno, ex de David Viñas y madre de sus dos hijos desaparecidos. Adelaida aconsejaba no dejarse enceguecer por la lucidez (cuentan que dijo: nuestras conversaciones de entonces eran lúcidas y bélicas, pero por desgracia nuestros hijos escuchaban y nos creyeron). Sus textos que cohabitan en el libro evocan espectros tan esenciales como cuando Héctor rememora aquel primer *amour fou* que lo condujo a la depresión, y la depresión al electroshock. Un amor así de desastrado precisa electrocutarse, pensarían quienes lo mantuvieron sujeto a una cama con cables en la cabeza.

Hasta los ochenta, creo, la psiquiatría utilizó esa técnica parienta de la picana de Lugones hijo: era lógico para los expertos sádicos aplicarla en homosexuales melancólicos. Mi padre, que era psiquiatra adicto a los barbitúricos, la

prescribía. Y como él mismo tuvo dos brotes psicóticos por intoxicación, vivió en carne propia esa práctica que destroza neuronas, y desde entonces dejó de nombrarla. Tuvo el privilegio de no ser una loca; era homófobo en grageas. Antes de morir, me hizo la escenita del mea culpa: “Así fueras un asesino, sos mi hijo. Yo cambié”. Ni la muerte lo rescató del patetismo.

El texto en el que Héctor recuerda su estadía en el manicomio me devuelve el horror y la repugnancia que experimentaba yo en las visitas de caridad adolescente al Pequeño Cottolengo de Don Orione. Escribe:

Más de un mes en el manicomio, el médico como un falso sacerdote sagrado, el electroshock, una y otra vez, el paciente ayudante con sus pastillas, al atardecer.

Atardecer de pastillas, mi madre con comida caliente, que trae en un termo. Pero yo sólo recuerdo con nitidez, con actualidad, el olor del lugar, un olor a comida rancia que lo impregnaba todo, a humedad, sin salida. Quizás ese sea el olor de la locura en los hospitales, su perfume predilecto, para vagar por los salones del extravío.

El olor. El olor como parteaguas entre dos mundos asediados por la fe en la crueldad: el hedor del encierro y el perfume popular de la época. Cuando yo iba al cottolengo, no había aún terminado la dictadura, pero afuera olía a pino silvestre. El olfato merece un capítulo en la carrera de sociología.

### *La esperanza y la locura son dos bocas y un solo cigarro*

No hay hecho que, por pequeño, por íntimo, no esté llamado a ser reclutado en la historia universal. Acá la memoria está hecha de dolor, militancia social e ironía. Mientras hay esperanza no hay vida, resume Anabitarte. La esperanza inmoviliza. Es injusta con los desesperados que, como Diego de Zama, esperan eternamente al Mesías en la forma de un edicto del Rey que jamás llega y que le

permita un traslado lejos del infierno colonial litoraleño donde alucina y languidece. Pensándolo bien, cuando Héctor clama: “¡Basta de esperar, vivamos! Degollemos la esperanza para beber su sangre. Hablemos el infinito discurso de la libertad”, se sobreimprime en la escritura de Di Benedetto, el autor de *Zama*. Cuando, harto de la dictadura aunque también del orden verdugo del Partido Comunista y del amor primero, se decide a vagar alcobas y desiertos; cuando huye, se exilia y sobrevive a los militares y la pobreza, se proclama destructor de la esperanza. Hace bien, para lo que le venía sirviendo. En todo caso, como un ateo ex marxista (a fin de cuentas lo “despromovieron” del PC por salirse del clóset... ¡y por escrito!) sabrá esgrimir un pesimismo organizado.

La locura vigila, estrechamente; mete miedo, es yuta. Acobarda a aquellos que no saben extraer vida de su goce funerario, como nosotras, las locas. Liberada, sobreseída, embarcada en aventuras sexuales sin norte o en revoluciones que son el sueño eterno de Andrés Rivera, la locura de las locas narra obsesivamente, con su lengua deslenguada, los jirones de su legado erótico-militante y la tenacidad de sus fracasos (no hay revolucionarios ni amor pasión, ni siquiera sexo, sin vencedores ni traidores que no dejan de vencer y traicionar). La locura, la nuestra, se vuelve la vía regia para, desde los recuerdos, releer un tiempo poderosamente loco que dio frutos exquisitos en la Argentina de ayer. Así podemos entender a una Adelaida cuando dijo “en la década del sesenta empezamos a entender que cada uno es muchos”.

En la película *Un canto de amor*, creo que la única con autoría de Jean Genet, dos presos separados por una pared consiguen comunicarse a través de un mínimo agujero que cavaron, y por él pasan un canuto largo por donde transcurre el humo de un cigarro, compartido por las dos bocas. Un humo onírico que fabrica la experiencia homosexual, la manera en que dos hombres encarcelados

punguean cuotas de deseo a la ley mientras sueñan la desnudez y las variadas posibilidades del placer. Desde el exterior de los muros de la prisión, un guardia observa los dos ventanucos de esas celdas, los brazos de los dos presos que se asoman y se buscan: uno mece un ramo de flores, paciente e insistente, para que el otro lo atrape, como una llave para la fuga. Así pasan las horas, las de los cautivos y las del policía voyeur. Entonces acontece un giro fantasmático, al modo del cine del surrealismo: la ensoñación del voyeur dentro de las celdas, el poder vigilante ahora cautivo de la presa excitada, olvidado de sus deberes, goza como no se debe, porque su violencia contra los cuerpos auspicia el orgasmo masoquista. El final es el regreso de la ensoñación, el guardia se aleja de la escena, mientras uno de los dos presos consigue atrapar el ramo de flores.

Ricardo Lorenzo Sanz, su compañero escritor desde el FLH y en el exilio (y desde hace unos años esposo aunque no pareja, alianza administrativa de mutuo socorro cuando el futuro se encoje) cree recordar que el editor de 1982 tenía esta película instalada con insistencia en la cabeza cuando forzó el nombre del libro. Ricardo, en cambio, defendió cuanto pudo *Degollemos la esperanza*.

### *Me gustan los homosexuales porque son insaciables*

Dolor y gloria, como la película de Almodóvar. Encaja de maravillas en los microrrelatos de esas Elláceas (como diría Néstor Perlongher, el otro líder del FLH), las locas encendidas entre mitines y baños de estación, con una fe inquebrantable en el chongo capaz de descubrir su esencia de mujer y enamorarse de ellas. Si no alcanza con lo que se ve, se sazona la imagen con medias de red negras, como La loca del Riachuelo, que decidida a suicidarse en el agua

podrida por un desencanto amoroso, se detiene a último momento: así no es forma de morir.

Cada relato de diez renglones cuenta para un guión de cine. La idea es no espoliar, como se dice ahora. Alcanza acá con el desfile de nombres de guerra arrebatados al registro civil, con los que las locas se definen dentro del locario. Les recomiendo no saltarse a ninguna. Pepa, Viuda de Peñaloza, consejera estilística de las vecinas que hereda a un comisario. Cuca la pantalonera, peronista y combativa desde niña, cuando recibió de manos de Eva una muñeca. Hugo, el cristiano más devorador de penes que haya producido la Argentina. Liliana, que transicionó de género mientras trabajaba de empleada postal (¡imagínense en esos años!) pero sigue asustándose cada vez que suenan las sirenas del patrullero. Hombres casados amantes secretos de esas ninfas (“lo dejé porque supe que le gustaban los varones”). Maricones que gustan de maricones y son entonces catalogados de lesbianos. En fin: La Pitara, La Boca de Oveja, Niágara la tormentosa, Penélope la fiel. Un catálogo de ingenio bautismal que hubiera encantado a Pedro Lemebel.

Es que las locas de Anabitarte responden al hermoso caos identitario previo al triunfo del modelo gay anglosajón. Como escribió Perlongher en *El sexo de las locas*, las sexualidades populares que ellas encarnaban terminaron arrojadas a los bordes del gigante rosa *for export*. Ya no se las entendió más; en todo caso se las estudió como especie caducada. Fue el precio de la normalización, y lo sufrió Reinaldo Arenas, según *Antes que anochezca*. Era sólo cuestión de tiempo para que la loca vida del locario activista se convirtiera en memoria, hoy insistentemente rescatada por las academias en un mundo en el que una xenófoba lesbiana es líder de un partido alemán de peso y en las grandes ciudades el voto lgtbi engrosa las urnas de la derecha.

Hablando de Perlongher, Anabitarte se reserva una pequeña revancha contra “la Rosa”. La narra con sorna entre las figuras del locario porque, celosa de un grabador que había cautivado la atención de un chongo ocasional, lo conmina al tipo: “El aparato o yo”. De alguna manera había que saber reírse de los arrebatos, imposiciones y poses de la caudilla del grupo universitario Eros, que había irrumpido en el FLH con tónica de agitación urbana, fortaleza teórica y audacia política; sin duda brillante. Con su llegada, se van disipando los intelectuales originarios del Frente: de Blas Matamoro a Juanjo Hernández y Juan José Sebreli (Manuel Puig había aportado dinero a la causa y Pepe Bianco traducciones de manifiestos del Gay Liberation Front y los Black Panther). Con la Rosa lideresa, el FLH intentó aliarse al peronismo de izquierda porque sólo como actor del campo popular se podría confrontar contra los edictos policiales y ensayar cambios culturales. La alianza se frustró por incompatibilidad. A una acusación de la derecha, la Juventud Peronista respondió “No somos putos no somos faloperos, somos soldados de FAR y Montoneros”. La consigna fue una de las causales de divorcio de ese matrimonio nunca consumado. Un puñal en la garganta, sobre todo para Perlongher. La estrategia pecó de prematura.

“La Rosa era un producto de las vanguardias. Yo siempre fui más pragmático, nuestro análisis de la realidad era distinto. Además estaba su estilo, eso de que ‘se hace lo que yo digo y basta’”. Anabitarte reconoce en Perlongher al gran poeta de *Cadáveres*, pero no tanto al activista revulsivo, que termina sus días en San Pablo, adonde se refugió en 1981, cansado de la represión policial en la dictadura argentina (había llegado a caer preso por la trampa que le tendió un chonguito) y más dedicado a la carrera literaria y las peregrinaciones místicas que a la acción política directa.